

Documento Público

Índice AI: EUR 15/015/2002/s (Público)
Servicio de Noticias 176/02

No publicar hasta las 08:30 horas GMT del 10 de octubre de 2002

Vivir peor que encarcelado: mi visita a las personas con discapacidad mental en Bulgaria

por Theresa Freese-Treack*

Lo primero que sentí fue el golpe de un terrible hedor. Cuando comencé a adaptarme a los olores y a la oscuridad, respirando pausadamente para tratar de mantener la compostura y estar así preparada para lo que me aguardaba, pude distinguir grupos de mujeres que se amontonaban, sucias, en fila. Un grupo estaba ante una fuente, frotándose frenéticamente las manos bajo los chorros de agua que salía de los caños. No había jabón. Los charcos de agua que ya se habían formado en el suelo de cemento comenzaban a parecer lagunas. Una de las mujeres mojó una rebanada de pan en el agua hasta que se reblandeció y se la comió sobre un caño. Luego, las mujeres se trasladaron a una habitación contigua - pequeña, fría y mohosa de humedad- donde ya había casi diez centímetros de agua. Esperaron un poco, apiñadas en el reducido recinto y envueltas en la oscuridad, hasta que se las llevaron de allí.

Siguiente parada: el comedor. Aquí, las internas agarraban un cuenco de sopa fría y un plato con una salchicha y puré de patatas que les entregaban a través de una ventana que comunicaba con la cocina. Estaban sentadas, de pie o andando sin rumbo, con los platos de comida en las manos. Muchas comían directamente de los platos. Algunas manejaban con torpeza los cubiertos que la institución había comprado recientemente. Otras comían con las manos. Unas cuantas permanecían sentadas, gritando sin motivo aparente. Surgían peleas a cada minuto. Algunas se sentaban solas y encogidas. La mayoría comían rápidamente y salían del comedor a vagar por el exterior y tirarse en la hierba.

En media hora, la mayoría de las 107 residentes de Razdol había almorzado. Y yo había sido testigo del final de su segunda actividad organizada. La siguiente sería la cena.

Estaba horrorizada y me sentía impotente. Mientras observaba la situación -una escena que había visto muchas veces en fotos y sobre la que había leído en numerosos informes durante mi trabajo para Amnistía Internacional- y escuchaba los alaridos, al observar a las mujeres meciéndose mecánicamente ante sus platos, tomando la sopa con las manos o sentadas en un rincón, aisladas, temerosas cada vez que alguien se aproximaba, comencé a darme cuenta del horror de vivir en semejante institución.

El hogar social para mujeres de Razdol fue la primera de una serie de visitas que realizaría a las instituciones búlgaras para niños y adultos con discapacidad mental. Me esperaban Tri Kladentsi, Mogilino, Kachulka, Samuil. Todas ellas situadas en lugares remotos diseminados por todo el país, accesibles sólo por carreteras en pésimo estado, que en los meses invernales a menudo eran impracticables y con buen tiempo te llevaban en no menos de una hora y media hasta la autopista o la ciudad más cercanas.

Tras el almuerzo, salí del comedor con el resto de las residentes. Inmediatamente me vi rodeada por mujeres que me tocaban y también a mis compañeras del Comité Búlgaro de Helsinki, pidiéndonos tabaco o dinero. Muchas yacían en el suelo mirándonos con ojos vacíos. Otras permanecían ovilladas,

inmóviles, descalzas y con las ropas hechas jirones. Sólo algunas, que se mostraban comunicativas y más tarde nos mostraron que tenían alguna responsabilidad en la residencia porque -explicaron- no eran como «las otras», iban razonablemente bien vestidas.

Rápidamente comenzamos a entregar cigarrillos, llenando manos vacías y consolando ojos suplicantes. Algunas los ocultaban discretamente en escondrijos secretos de sus ropas. Unas cuantas volvían a tender la mano sonriendo y pidiendo más. Otras nos daban las gracias y afirmaban que debíamos guardarnos los cigarrillos que nos quedaban para nosotras: «Son caros y se los vamos a acabar».

La visita a los baños fue insoportable. Las pacientes postradas en cama tenían que recorrer un largo pasillo, oscuro y lleno de corrientes para llegar a ellos. El hedor era insoportable. Sólo fui capaz de echar un vistazo rápido al interior, conteniendo el aliento el tiempo suficiente para entrar y retroceder doblando la esquina hasta el pasillo principal, donde el olor no era tan nauseabundo. Los inodoros estaban manchados de heces, aunque el personal había baldeado los suelos con agua antes de que llegáramos. Me pregunté cómo estarían en un día normal.

Una anciana residente, Kalinka, me tomó de la mano, me guió por la casa y me contó que había llegado a Razdol procedente de una institución infantil. La historia de Kalinka era un ejemplo típico de una práctica habitual: los individuos con discapacidades mentales son abandonados por sus familias, generalmente al nacer, y pasan la vida internados en instituciones.

Desgraciadamente, lo que experimenté en el hogar social de Razdol sólo fue una breve muestra del trato inhumano y degradante a los residentes que iba a presenciar, de muchas maneras y formas distintas, en todas mis demás visitas. Encontré negligencia y abusos sistemáticos a cada paso.

El hogar social de Tri Kladentsi, niños con graves discapacidades languidecían bajo llave, amontonados en una habitación. Sin juguetes, juegos ni ninguna señal de actividad en la que ocuparse. Sencillamente se mecían, gritaban o se golpeaban a sí mismos o a los demás.

En el hogar de Mogilino, los niños yacían en habitaciones en hileras de cunas, rodeados de moscas y mirando sin comprender. El personal no sabía sus nombres ni su estado y, como si se tratara de visitas, consultaban sus historiales. A la menor señal de afecto, los niños volvían a la vida, riendo con sólo tocarlos ligeramente en la cara o los brazos. En ese momento, me di cuenta de que lo más probable era que los que sobrevivieran acabarían en hogares como el de Razdol. Personas sin nombre, sin esperanza y sin una vida que contar. Al jugar con los niños de Mogilino, me di cuenta del círculo vicioso que suponía la reclusión en instituciones.

En el hogar social de Samuil para mujeres con discapacidad mental grave, una joven más comunicativa y coherente de lo habitual, Tania, me contó su desgraciada vida en el centro y me mostró uno de los peores abusos de que fui testigo durante mi visita: una celda de reclusión sin ventanas y con barrotes de hierro en la puerta, donde yacía una mujer. Tania explicó que el personal golpeaba a las residentes, les ponía una inyección y las recluía en esta celda si se portaban mal.

En el hogar social de Kachulka, nos saludó a la entrada una residente que no llevaba más ropa que una camisa abierta a la espalda y cuyo estado era lamentable. Fuera de los dormitorios principales, otra mujer en similares condiciones yacía en el suelo a la vista de todo el personal, las demás residentes y los visitantes.

Al final de la semana, cuando regresaba en automóvil de Kachulka a Sofía, viaje de seis horas, reflexioné sobre todo lo que había visto, con centenares de kilómetros recorridos y la enormidad del problema ante mí como un muro de ladrillos. Lo que había presenciado no era más que el

mero resumen de un problema endémico: hay más de un centenar de instituciones así en todo el país.

Bulgaria se enfrenta a la práctica, heredada del periodo comunista anterior a la década de 1990, de mantener escondidas de la sociedad a las personas con discapacidad mental. Como ha explicado un representante del Comité Búlgaro de Helsinki, hoy día las condiciones de los hogares sociales son peores que las de las prisiones o las celdas de las comisarías búlgaras. A diferencia de éstas, que se encuentran en el centro de las ciudades como medida disuasoria contra la delincuencia, los hogares sociales para personas con discapacidad mental están situados en remotos pueblos de las montañas o en pequeñas poblaciones sin infraestructura adecuada ni profesionales con la formación necesaria para atender a personas con necesidades especiales, lejos de donde puedan llamar la atención de ciudadanos potencialmente preocupados por la situación y que puedan ejercer presión para que cambie.

El trato inhumano que reciben los residentes refleja también la actitud de la población en general hacia las personas con discapacidad mental, cuya vida no suele considerarse que merezca más atención. Para un país económicamente hundido tras la caída del comunismo, estas cuestiones no tienen prioridad.

Pero la discriminación contra las personas con discapacidad mental no es un fenómeno exclusivo de Bulgaria; la organización Mental Disability Rights International, que defiende los derechos de estas personas, ha documentado condiciones similares en lugares tan cercanos a Bulgaria como Kosovo y Hungría, y tan alejados como México. Y se sabe que estos problemas persisten en países de todo el mundo.

En este contexto, no basta con sacar los abusos a la luz, si bien es un importante primer paso. Lo más urgente, especialmente durante los meses de invierno, es cubrir la necesidad que tienen los residentes de los hogares sociales de alimentos, ropa y artículos de aseo adecuados, incluidos un cepillo y pasta de dientes propios. El personal tiene que recibir formación básica sobre métodos de higiene, así como sobre actividades recreativas y de rehabilitación, que abarquen desde leer cuentos a los residentes y llevarlos de paseo hasta utilizar adecuadamente las instalaciones existentes y nuevas. También es necesaria una inversión considerable en programas sobre alternativas al internamiento y de sensibilización de la opinión pública. Asimismo, para garantizar que todos los residentes de los hogares sociales reciben un trato humano y que se respetan sus derechos humanos fundamentales básicos, las autoridades búlgaras tienen que establecer con prontitud normas sobre el tratamiento y la atención debidos a las personas con discapacidad mental y que crear un mecanismo independiente de vigilancia para todos los hogares.

Es importante recordar que, como demostró el traslado en junio de 2002 de las residentes del hogar social para mujeres de Sanadinovo (48 fueron al hogar social de Kachulka y 7 al de Razdol, pero hay alrededor de 40 residentes más sobre las que no se ha ofrecido ninguna explicación hasta la fecha), el cierre de instituciones por sí solo no es una solución. Hasta que se tomen medidas internacionales y haya mejoras reales, además de aparentes, sobre el terreno, los residentes de los hogares sociales de Bulgaria continuarán consumiéndose en ellos.

Afortunadamente, las autoridades búlgaras están en condiciones de realizar cambios en esta área. No sólo hay muchas instituciones internacionales, como el Banco Mundial, la Organización Mundial de la Salud y la Iniciativa de Ginebra sobre la Psiquiatría, que han empezado a financiar programas o promocionar medidas para mejorar la vida de las personas con discapacidad mental en países de todo el mundo, sino que también la comunidad internacional está dando prioridad a esta cuestión a medida que cobra importancia el trabajo sobre los derechos económicos, sociales y culturales, además del realizado tradicionalmente sobre los derechos civiles y políticos.

Asimismo, la ONU está preparando en la actualidad una convención sobre los derechos de las personas con discapacidad que puede proporcionar unas normas firmes a los gobiernos y las instituciones internacionales que se esfuercen por hacer posible que las personas con discapacidad mental disfruten de los derechos humanos fundamentales.

Con un esfuerzo concertado y bien fundado, las autoridades búlgaras, junto con una coalición especial de instituciones locales y internacionales, pueden conseguir que la situación mejore. Hasta la fecha, la respuesta del gobierno búlgaro a los llamamientos de Amnistía Internacional y del Comité Búlgaro de Helsinki constituye un prometedor comienzo.

En el contexto de los esfuerzos realizados por Amnistía Internacional a este respecto, el 10 de octubre de 2002, fecha declarada por las Naciones Unidas Día Mundial de la Salud Mental, su secretaria general, Irene Khan, expondrá los motivos de preocupación y las recomendaciones de la organización sobre la discriminación contra las personas con discapacidad mental de Bulgaria en un foro organizado en Sofía conjuntamente con el Comité Búlgaro de Helsinki y que contará con la participación de representantes de la comunidad internacional. Ese mismo día, se difundirán un documental de 20 minutos y un informe sobre las visitas de Amnistía Internacional a los hogares sociales de Bulgaria.

El trabajo de Amnistía Internacional en esta área podría proporcionar ideas a las Naciones Unidas a la hora de elaborar la importante convención que proporcionará la comunidad internacional las normas por las que deberá regirse. Asimismo, una vez aprobada, la convención proporcionará también importantes normas a las que no sólo Amnistía Internacional, sino todas las organizaciones de derechos humanos, podrán remitirse cuando emprendan proyectos similares en todo el este de Europa y en el mundo entero.

Mientras tanto, los hombres, mujeres y niños de los hogares sociales de Bulgaria esperan.

* Theresa Freese-Treack es adjunta de investigación y acción sobre Bulgaria de Amnistía Internacional.

Documento público

Si desean más información, pónganse en contacto con la oficina de prensa de Amnistía Internacional en Londres, Reino Unido, en el número + 44 20 7413 5566 o visiten <<http://news.amnesty.org>>. Para los documentos y comunicados de prensa traducidos al español consulten la sección «centro de documentación» de las páginas web de EDAI en <<http://www.edai.org/centro>>.